

EVA WAGENDORFER

LAS CHICAS DE LA RADIO

Traducción de Albert Vitó i Godina



GESA

FRANKFURT, ABRIL DE 1927

Noticario radiofónico de 1927:

«Hildegard Kwandt, de la Prusia Oriental, se convierte en la primera mujer elegida Miss Germany en el Palacio de los Deportes de Berlín.»

El resto de las aspirantes expresaron su descontento de forma tan grosera que un periódico exigió que en adelante se tuviera en cuenta también el carácter de las candidatas. Hildegard Kwandt aprovechó la popularidad que le brindó el concurso y participó en desfiles de moda, se convirtió en modelo fotográfica y viajó a Estados Unidos. Mantuvo presentes los recuerdos de su elección como Miss Germany durante el resto de su vida.

En la tienda de la esquina de Karlsplatz había un cartel de las Tiller Girls. Las bailarinas de largas piernas eran casi idénticas: peinados bob de color negro, vestidos cortos y, por supuesto, la misma pose. En esos momentos, la compañía inglesa ofrecía una actuación especial de su revista en el teatro Schumann, justo delante de la estación principal. Gesa Westhof dudaba que a los clien-

tes de la tienda les quedara dinero para comprar unas entradas del teatro de revista, pero le pareció genial que la propietaria, la señora Zurcher, hubiera colgado el cartel de todos modos. A Gesa le habría encantado ver la actuación, pero ese mes iba un poco corta de presupuesto.

Sobre la entrada, en la fachada desconchada, había unas letras anticuadas de color negro que rezaban ARTÍCULOS COLONIALES ZURCHER, aunque, a decir verdad, el rótulo ya no se correspondía con la realidad. Tras las dificultades de la guerra y la crisis económica, la familia se había visto obligada a reducir su negocio, tal como su propietaria recordaba con insistencia en cualquier situación, viniera o no al caso. En lugar de artículos extranjeros y exquisiteces, solo había una cafetería en la que se podía tomar un tentempié y un quiosco de periódicos. La señora Zurcher había instalado dos mesitas altas para que los clientes pudieran consumir lo que compraban allí mismo.

—No hay sillas —le había explicado en una ocasión a Gesa, que acudía a comprar allí con regularidad—. No tengo un pelo de tonta. Así la gente se toma el café de pie y luego se marcha. Vendo más y no tengo que aguantar a indeseables.

Era una mujer sorprendentemente menuda y rolliza, de casi sesenta años, con el pelo canoso y recogido en un moño. Siempre ataviada con su delantal, era el alma del negocio. Sus arrugas de expresión revelaban que no era ni mucho menos tan malhumorada como proclamaba.

Esa mañana Gesa le compró dos panecillos con pasas y la señora Zurcher se los sirvió dentro de una bolsa de papel. En el quiosco de periódicos de la pared, aparte del inevitable *Frankfurter Nachrichten* había varias publi-

caciones más de la capital. Gesa cogió un ejemplar del *Illustrierte Zeitung*. La portada mostraba la imagen de una joven sentada sobre la arena con zapatos de tacón, traje de baño y un ramo de flores en las manos. «Qué composición tan arriesgada», pensó Gesa. El pie de foto rezaba: «Empieza la vida al aire libre. Instantánea de la vencedora del concurso de belleza en traje de baño».

Gesa hojeó un poco el periódico. En la página tres había un gran artículo con una fotografía que ilustraba la visita del presidente francés Gaston Doumergue al rey Jorge, en Londres.

—Si quieres leerlo, tienes que comprarlo, niña —le advirtió la señora Zurcher—. Seguro que tienes los veinte pfennig que vale.

Gesa se compró también el *Illustrierte* y regresó al apartamento de su novio, en el callejón contiguo.

La mujer soltera de la planta baja tenía una ventana abierta y estaba en bata mirando hacia la calle.

—Vaya, veo que ha vuelto a pasar la noche con el señor escritor, ¿eh? —le soltó con ademán provocador cuando Gesa se acercó a ella. Se sacó la horquilla que le sujetaba el pelo ondulado mientras se le secaba y la utilizó para sujetar el cigarrillo que se estaba fumando. Con el tiempo, el par de caladas extras que ganaba así le habían amarilleado la piel y el vello que tenía alrededor de la boca. Sin duda, el exceso de tabaco no es compatible con la belleza.

—Buenos días. Qué día más soleado tenemos hoy, ¿verdad? —comentó Gesa, decidida a no permitir que el comentario le afectara.

Cuando llegó arriba, constató que su novio se había

levantado y estaba sentado a la mesa, escribiendo en ropa interior.

—El lápiz de labios Khasana... aporta a cualquier mujer juventud, frescura y belleza —leyó, poniendo los ojos en blanco mientras declamaba, lo que le arrancó una carcajada a Gesa. Cuando se enfadaba, Willi le recordaba siempre a un niño malhumorado.

—¿Qué esperan que escriba, si me encargan un texto para un anuncio de un cosmético para mujeres? —preguntó mientras volvía a dejar el lápiz sobre la mesa.

Para poder apurarlo hasta el final lo utilizaba con una especie de alargador metálico que, al impactar contra la mesa, se soltó y cayó al suelo.

Gesa lo recogió y volvió a ponerle el lápiz antes de devolvérselo.

—¿Aceptar un encargo publicitario hiere tu orgullo como escritor? —preguntó ella con una sonrisa antes de aceptar una hoja de papel arrugada que Willi le tendía.

—No se trata del hecho de trabajar a cambio de dinero, ¿sabes? Eso tenemos que hacerlo casi todos.

Gesa le acarició el pelo con cariño y pensó que también ella tenía que encontrar un trabajo cuanto antes. Pero más que verlo como una obligación, era algo que le hacía ilusión. No veía el momento de formar parte del equipo de personas que se encargaba de emitir en el suroeste de Alemania. Sin embargo, ese día le hacía una ilusión especial, puesto que tendría lugar la primera prueba para una pieza radiofónica nueva.

—¿No te recomendó un amigo a los de Khasana? Pagan bien, que ya es mucho decir.

—Pero esa clase de cosas no me interesan.

—Pues deberían interesarte. Mira —dijo ella, hojeando el *Berliner Illustrierte*—. Solo aquí ya hay tres anun-

cios de Khasana. Uno de *cold cream*, otro de polvos de tocador y otro de colorete. La marca no para de invertir en publicidad, seguro que no será el último encargo que recibas.

Gesa le devolvió el lápiz a su novio, pero este, en lugar de seguir escribiendo, se encendió un cigarrillo, aspiró una profunda bocanada y luego soltó el humo, que quedó suspendido en el aire entre ellos como una nube. ¿Cómo iba a dispersarse, en ese cuchitril minúsculo? Una cama estrecha ocupaba la mayor parte de la sala. También había una mesita bajo la ventana, en la que estaba trabajando Willi, y una sola silla que él mismo ocupaba en esos instantes. En un rincón había un armario de color amarillo ocre, aunque la pintura descascarillada revelaba que había sido rojo y, antes aún, azul celeste.

El incipiente escritor no podía permitirse más que ese modesto cubículo, y Gesa sospechaba que de todos modos a él le parecía bien porque iba en consonancia con su aureola de poeta pobre.

También suponía que con ese manifiesto desinterés por el dinero intentaba ocultar un origen humilde, y en ese sentido lo comprendía a la perfección. Willi había crecido en un ambiente pobre y se había marchado pronto de casa, decidido a encontrar su camino en la vida él solo. Gesa lo admiraba por todo lo que había logrado hasta el momento. De hecho, le parecía casi una osadía que alguien de origen tan modesto como él aspirara a dedicarse a la literatura. Todo el mundo sabía lo precario que es el mundo del arte a menos que seas uno de los grandes.

Gesa quería seguir sus pasos para terminar dedicándose a lo que la apasionaba de verdad. Willi siempre la alentaba a ello y entre los dos se infundían ánimos mu-

tuamente. Con todo esto en cuenta, Gesa tenía muy claro por qué él no quería compartir aquellas cuatro paredes con nadie. Habría supuesto un paso atrás. Concentraba todas sus energías en intentar triunfar como escritor, del mismo modo que ella pondría toda la carne en el asador para convertirse en una voz radiofónica lo bastante famosa para proporcionarle independencia económica. Gesa no podía imaginar nada peor que no poder decidir con libertad acerca de su vida.

—Si quieres llegar a alguna parte, tienes que aceptar las contrapartidas —le decía siempre Willi—. Pero la gente como nosotros será la que triunfará, la que se lanza, la que no tiene miedo. Enseguida me di cuenta de que tú también eres así. Seguirás tu propio camino caiga quien caiga y, siempre que pueda, yo te apoyaré, cariño. Nos ayudaremos el uno al otro.

Vivían en unos tiempos de lo más emocionantes que ofrecían grandes oportunidades y, por primera vez, no se las ofrecían solo a los hombres, sino también a las mujeres. Al menos a las que creían en sí mismas. Gesa reclamaba ni más ni menos que un lugar independiente en la sociedad, un puesto de trabajo en la radio con las mismas condiciones que sus colegas masculinos.

Willi era un hombre apasionado que vivía y amaba a su manera. Por un lado, a Gesa le parecía muy excéntrico, pero al mismo tiempo, con él se sentía comprendida por primera vez en la vida.

No obstante, a veces se preguntaba si su amigo sabía fijar sus prioridades. El mes anterior le había pedido dinero prestado para poder pagar el alquiler. Y aun así, acababa de mofarse de un encargo que podía proporcionarle algo de dinero, por no hablar de las posibilidades de futuro que se le abrirían si lo hacía bien.

—Estoy trabajando en una nueva obra que podría ser todo un éxito. Tengo muchas cosas que contar y los lemas publicitarios sofocan mi creatividad. ¿Comprendes lo que quiero decir? —preguntó, gesticulando con vehemencia mientras hablaba. Ella respondió con un suspiro.

Cuando Willi hubo apagado el cigarrillo en el cenicero desbordado de colillas, Gesa se sentó en su regazo y lo abrazó.

—Lo comprendo a la perfección. Pero mientras no tengas editor, tendrás que aceptar esta clase de compromisos. En cualquier caso, no puedes vivir solo del amor, ni siquiera aunque yo me esfuerce por ganar dinero para los dos. Seguro que tampoco te cuesta tanto escribir unas líneas para Khasana. Con el talento que tienes puedes terminarlo enseguida y luego dedicarte a tu trabajo de verdad con la conciencia tranquila.

Willi la besó. Sus labios sabían a tabaco. Aunque al principio se posaron sobre los de ella con suavidad, el beso enseguida se volvió más intenso y despertó en Gesa una sensación de dicha. Hasta que se volvió a apartar de ella.

—Muy bien. ¿Qué haría yo sin ti, mi pragmática amada? Todo artista debería tener a alguien realista a su lado, resulta de suma utilidad.

Ella se quedó mirando los ojos azules de su amado, que contrastaban con su pelo negro de un modo especialmente atractivo. ¿De verdad no se daba cuenta de lo mucho que la habían herido aquellas palabras? Ella también se consideraba creativa y sentía fascinación por el arte, la cultura y la literatura. ¿Por qué acababa de llamarla realista de ese modo tan despectivo?

—El pragmatismo es lo que me ha permitido llegar hasta aquí —afirmó Gesa con determinación—. ¿Has ol-

vidado que he conseguido un papel en una gran obra de radioteatro? La gente podrá escuchar mi voz junto a la de actores famosos. Es un primer paso para obtener algo de fama.

—Ajá, por supuesto, cariño —respondió él con un tono de voz que reveló que ya no le estaba prestando atención.

Era evidente que sus pensamientos ya estaban girando en torno a la siguiente escena de su novela. O tal vez en la manera más rápida de terminar aquel encargo publicitario. Sea como fuere, ella no necesitaba su aprobación. No se lo había dicho para recibir elogios ni reconocimiento. La satisfacción de poder colaborar en Radio Frankfurt le bastaba.

Gesa y Willi eran pareja desde hacía poco más de un año. Se habían conocido poco después de que ella se hubiera mudado a Frankfurt, cuando todavía era una joven del campo que se acababa de lanzar de cabeza al emocionante océano de la gran ciudad, fascinada por la vida nocturna y la escena artística que ofrecía. La voz de Willi la arrancó de sus cavilaciones.

—Ahora déjame trabajar, cariño —le pidió antes de apretar los labios como hacía siempre que se concentraba.

—Iba a salir de todos modos —dijo Gesa, y cogió su abrigo y se lo puso sobre el conjunto de punto que se había comprado la semana anterior. La parte superior era de canalé, entallada en la cintura, y la falda le llegaba hasta las rodillas, tal como dictaba la última moda. Era la única pieza que podía permitirse comprar esa primavera, puesto que tenía que ahorrar. Para terminar, se puso un sombrero sobre las ondas de color caoba y salió por la puerta.

El camino desde el apartamento de Willi en Elbestrasse no era muy largo. Diez minutos más tarde, Gesa ya se había plantado frente al edificio de seis plantas que alojaba el departamento de administración de Radio Frankfurt. Numerosas ventanas, repisas y balcones decoraban la fachada de la SÜWRAG, la empresa encargada del servicio de radiodifusión del suroeste alemán.

Tres años antes, en primavera, la emisora había sido la cuarta radio que emitía programación en el país. A falta de un local propio, las instalaciones habían quedado repartidas por diferentes ubicaciones del centro de la ciudad. Además del edificio de administración, había un estudio de emisión en la quinta planta, la más alta de la finca, de un edificio de correos. Gesa acudía a Elbestrasse cuando tenía que solucionar algo relacionado con los pagos o bien, como era el caso en aquella ocasión, cuando acudía a visitar a su amiga Inge.

Subió la escalera hasta las oficinas y llamó a una puerta, a través de la cual se oía el repiqueteo de una máquina de escribir. El *staccato* regular quedó acallado por unos momentos cuando Gesa entreabrió la puerta. La secretaria le hizo una seña desde su mesa y levantó tres dedos.

Como siempre que acudía a visitar a su amiga en horas de trabajo, Gesa no pudo evitar sonreír. Con el pelo rubio bien recogido, la blusa abotonada hasta arriba y las rodillas tapadas por la falda en todo momento, Inge Jacobs era la viva imagen de la oficinista ejemplar. Y eso que por las noches, cuando salían juntas, se transformaba hasta convertirse en una joven por completo distinta. Ni Gesa ni Inge veían ninguna contradicción en ello. Les había costado mucho conseguir un empleo en la emisora y era una tarea que desempeñaban con orgullo. Sin em-

bargo, Gesa había logrado el puesto de locutora que tanto deseaba, pero Inge soñaba con convertirse en cantante. Actuaba en cafés y bares musicales con la esperanza de que alguien la descubriera, aprovechando que el panorama era bastante propicio, ya que la vida nocturna no era trepidante solo en Berlín: también en Frankfurt había incontables clubs de *jazz*, bares, cafés, salones de baile y teatros de revista; había mucha demanda de buenos cantantes. Tras años de privaciones, la gente ansiaba divertirse y salir a bailar charlestón o *lindy hop*. En especial, cuando sobre el escenario había el talento musical necesario para caldear el ambiente.

Inge Jacobs trabajaba para Albert Bronnen, el joven gerente de la emisora de radio. Gesa la esperó junto a la entrada hasta que su amiga y compañera de piso bajó pocos minutos después. Se sentaron juntas en el banco que había al lado de la columna publicitaria, al otro costado de la calle.

—Hoy estoy cansada de verdad —se quejó Inge, con un bostezo—. Esta semana ya he tenido tres actuaciones, y hoy otra. Es agotador, y más aún después de haberme pasado el día entero trabajando.

Gesa se quedó mirando el pálido semblante de su amiga con preocupación.

—¿No crees que te estás exigiendo demasiado?

—No lo sé. De algún modo tengo la sensación de no estar progresando.

—¿A qué te refieres?

—A que las actuaciones están mal pagadas, y eso cuando me pagan; a que actúo siempre frente a cuatro gatos, en bares pequeños... Esto no va a ninguna parte, tal vez debería cambiar de estrategia —comentó Inge con aire pensativo mientras se mordisqueaba la uña del pul-

gar. Luego se quedó mirando fijamente a Gesa—. Mira a Dora, por ejemplo. Ya sabes, Dora Waldschmidt...

—¿La que canta en el coro de la radio?

—Exacto, esa. Tiene actuaciones fijas con el coro, además de los ensayos. Hasta ahora le pagaban por servicio, pero acabo de mecanografiar el contrato que le ha ofrecido Bronnen y es mucho mejor que el acuerdo que tenía antes.

—¿Es eso lo que quieres, Inge? ¿Cantar en el coro? Creía que solo te veías como cantante solista.

La secretaria levantó la mirada hacia el cielo y soltó un suspiro que le salió de lo más hondo del alma.

—Por supuesto, lo que más ilusión me haría sería que me descubrieran. Pero también me revienta lo pasiva que suena esa expresión. ¿Qué debo hacer para conseguir que me descubran? ¿Y quién podría descubrirme? Luego intento ver las cosas de un modo razonable y me doy cuenta de que lo más práctico sería renunciar a mi sueño y formar parte de un grupo.

Gesa le pasó un brazo por encima del hombro.

—Tú no eres así. Inge Jacobs no es una cantante de coro, sino toda una estrella. No necesitas otras voces a tu lado porque la tuya es absolutamente única. Ni se te ocurra ponerlo en duda. Imagínate uno de esos carteles que cuelgan en las vitrinas de los grandes teatros. «Esta noche: Inge Jacobs con la orquesta» y debajo, una foto tuya con un impresionante vestido de noche. Y encima, pegado el cartel de «Agotadas las localidades». Es en eso en lo que debes pensar, y no en el coro de la radio.

—Gracias.

Gesa notó que Inge estaba muy tensa, y no era habitual que demostrara su nerviosismo de ese modo. Solía ser un hueso duro de roer, en ese sentido.

—Las dudas pueden asaltar a cualquiera —insistió Gesa en voz baja—, pero no te dejes engañar por ellas.

Inge negó con la cabeza.

—Ya está, ya ha pasado. No te preocupes por mí. Ha sido solo un instante de autocompasión, nada más. Me alegro de tenerte a mi lado.

Por supuesto, no era sencillo salir cada noche a cantar con la vaga esperanza de que entre el público se hallara la persona adecuada, y que en algún momento diera un paso adelante y le ofreciera un contrato discográfico. Pero Gesa estaba convencida de que Inge tenía todo lo necesario para triunfar a lo grande. No animaría a su amiga de ese modo tan incondicional si no estuviera por completo segura de su talento.

—¿Por qué el nuevo gerente le ofrece a Dora Waldschmidt un puesto fijo? Es muy raro. El anterior no lo habría hecho.

—Las escobas nuevas barren bien, y el señor Bronnen está levantando mucha polvareda —opinó Inge acerca del nuevo director de emisiones, que ocupaba el cargo desde hacía pocos meses.

Su predecesor no se había distinguido precisamente por las innovaciones. Ese debía de ser el motivo por el que lo habían relegado de su puesto. Radio Frankfurt no era una emisora de aficionados, sino que competía con la cadena de la capital por ser la de mayor audiencia en Alemania. La SÜWRAG necesitaba ideas que todavía no se les hubieran ocurrido a los de Radio Berlin, y también a alguien dispuesto a correr riesgos. Albert Bronnen disfrutaba implicándose en todos los departamentos de la emisora, desde las retransmisiones deportivas hasta las noticias, pasando por la orquesta de la radio. Y sobre todo le gustaba echar una mano en la producción de ra-

dioteatro. Hasta el momento, Gesa todavía no había tenido que relacionarse mucho con él, pero eso cambiaría ese mismo día. Le gustaba la actitud de Bronnen.

—¿Has vuelto a pasar la noche con Willi? —preguntó Inge, cambiando de tema con un guiño cargado de picardía—. Cuando no vuelves a casa me preocupo, ¿sabes?

—Sí, mamá —respondió Gesa con una sonrisa. Vivía realquilada con Inge y su hermano Rolf. Al principio no había sido más que un arreglo que había convenido a ambas partes, pero entretanto las dos jóvenes se habían convertido en amigas íntimas—. Solo he venido a darte los buenos días antes de ir al estudio. Hoy es el gran día —anunció Gesa, ilusionada. Estaba tan impaciente que el mero hecho de pronunciar la palabra *estudio* le provocó un cosquilleo por el cuerpo.

—¿Willi te ha deseado mucha suerte?

Gesa negó con la cabeza.

—Ahora mismo está trabajando en su manuscrito y en un encargo publicitario. Está escribiendo eslóganes para Khasana. No le queda tiempo para pensar en nada más.

—Si quieres saber lo que pienso, me parece que ese tipo es un calavera que no te merece. ¿Te ha devuelto ya el dinero que le prestaste?

—Tenía que concentrarse cuando me he marchado. Inge puso los ojos en blanco.

—Claro, porque sus garabatos son más importantes que tu empleo. A ver si me aclaras una cosa: ¿quién tiene ingresos regulares? ¿El señor escritor o tú?

—Es que él es un artista.

—Y tú también, cielo. Eres actriz.

—Actriz de radionovela —la corrigió Gesa.

—Tanto monta, monta tanto. Te metes en un papel y tienes que interpretarlo de forma creíble para cautivar a la audiencia. Entretienes a la gente, consigues que por unos momentos olviden sus miserables vidas y huyan a otros mundos en los que pueden dejar de lado su rutina diaria. Y al contrario que los actores de teatro, solo cuentas con tu voz para lograrlo. Si eso no es un arte, ya me dirás qué es.

Visto así, la verdad es que sonaba realmente fantástico. Pero Gesa no necesitaba que la convencieran de nada, para ella ese empleo era un sueño hecho realidad. ¿Quién lo hubiera pensado? A pesar de haber nacido en un pueblo de Teutoburgo, se dedicaba a algo que nada tenía que ver con las tareas del hogar. Y encima le pagaban por ello.

—¿Crees que hoy estará allí? —preguntó Inge.

Gesa asintió.

—Hoy la conoceré, por fin. Tendremos que repasar el guion juntas, y mañana empezaremos los ensayos de verdad.

—Vaya, estoy impaciente por saber si en persona es tan fantástica como te imaginas.

—Seguro que sí.

Inge consultó el reloj.

—Oye, tengo que volver a entrar. Solo una cosa más, muy rápido: ¿has oído hablar ya de la nueva?

—No.

—Se llama Margot Mikola, la han contratado como violonchelista de la orquesta de la radio. Al parecer, por deseo expreso de Horst Sachs.

—¿Que el director musical ha contratado a una mujer para la orquesta de Bienefeld? Vaya, seguro que a este no le habrá gustado nada. Pobre chica, no lo tendrá